

**Julio 29, 2002**

## **LA "NECESIDAD" DE TENER UN ENEMIGO**

Carl Schmitt nació el año 1888 en Plettenberg (Alemania, Westfalia) y falleció en 1985 en su misma ciudad natal. Politólogo y profesor de derecho público, Schmitt tuvo tendencias totalitarias y simpatizó con los nazis en su primera época, aunque luego se alejó de los extremismos, no sin antes purgar varios años de cárcel al terminar la Segunda Guerra Mundial (1945).

A lo largo de su extensa y controvertida trayectoria, Schmitt veía en la potencial enemistad y conflicto que caracteriza al fenómeno político la última línea de defensa que evitaría la mecanización total de la vida humana.

Hoy en día y sin las lacras de su pasado, la ciencia política está rescatando algunas ideas del germano sobre las que vale la pena recapitular, en especial aquella de la "necesidad" del enemigo, sin el cual "no se puede vivir".

Parafraseando a Mariano Grondona, quien escribió sobre el tema pero en otro contexto: ¿Qué haríamos sin nuestro enemigo? La pregunta de Schmitt se aplica a los más diversos campos. ¿Qué harían Blooming y The Strongest si no existieran Oriente Petrolero y Bolívar? ¿Qué haría Petrobas sin YPF Repsol o Shell sin la Exxon? ¿MNR sin FSB en el pasado? ¿EE.UU sin la URSS durante la guerra fría? ¿Cómo sería Coca Cola sin Pepsi Cola? ¿Cómo se habría desarrollado Israel sin los palestinos? ¿Qué pasaría con un gato sin ratones? Y así sucesivamente, podemos desgranar hasta el infinito la dicotomía que define a rivalidades casi perpetuas, a dos "enemigos" encontrados y enfrentados en forma permanente, sea en lides deportivas, en la vida natural, en el comercio como competidores, en la política interna o mundial y en la experiencia cotidiana de cada uno de nosotros.

En esta peculiar relación se observa que subyace el concepto del historiador británico Arnold Toynbee sobre "desafío y respuesta", un elemento crucial para el desarrollo de las culturas sociales y la sobrevivencia de las especies. Es más, se considera que los grandes dinosaurios del período jurásico se extinguieron –entre otro conjunto de causas– por falta de enemigos naturales, lo que les hizo perder vitalidad y capacidad de renovación.

Se cuenta que el analista ruso G. Arbatov les dijo en 1991 a los norteamericanos después de la disolución de la Unión Soviética: “Acabamos de hacerles a ustedes algo mucho peor

que cuando los amenazábamos con nuestros misiles nucleares: los hemos dejado sin enemigo”.

Hoy en día y como bien lo sabemos todos, Estados Unidos tiene un nuevo enemigo que es el terrorismo y en su lucha contra él lo acompaña la mayoría de las naciones occidentales, dando pábulo así a otra contienda pronosticada por Samuel Hungtinton: la de las civilizaciones.

En nuestro pequeño mundo y malgrado nuestro sincero deseo de paz y armonía, tampoco faltan los enemigos potenciales a los que debemos enfrentar, a veces a diario y otras veces esporádicamente. Pero una cosa sí es cierta: quisiéramos vivir plácidamente sin el rival, el competidor o el enemigo permanente o de turno, pero parece que ello es casi imposible.

El viejo Schmitt quizá tenía razón. Después de todo, inclusive Dios necesita del Diablo para hacernos temer por el castigo y ponernos en vereda. Sin enemigo no habría dinamismo y ni cambio o redención posible, factores producidos por triunfos o derrotas tanto entre individuos como en el plano colectivo de comunidades, empresas y grupos diversos. Parece nomás que necesitamos un enemigo.

Para Bolivia su principal enemigo es la pobreza desigual; a ella debemos combatirla con todos los bríos posibles y la mayor determinación.

-----000-----